

... .
**ES TARDE PARA EL
HOMBRE**

HOMBRE

Juan Carlos Batero

Una bulla tremenda: unos hablaban, otros murmuraban, otros escuchaban, otros callaban. Se cerró el ciclo. Todos prestaron atención y por un momento nos sumergimos en el inagotable mundo de las palabras. Ya de vuelta con las mismas cuatro paredes, el mismo tablero blanco, las mismas sillas, las mismas puertas y ventanas entreabiertas y el calor sofocante de siempre, dijo Lord Byron, con sus manos en el bolsillo, su persistencia de triturar el suelo y su cinturón de 30 marcadores: Es tarde para el hombre, es el libro que analizaremos para la próxima clase y ¡ojalá! que nos sean dos hojas sino cinco y hasta diez, pilas –dijo, como dicen muchos otros- ustedes van a ser futuros docentes.

Después de una refrescante y sutil filtración de datos y cultura que proporciona la Universidad y tras haber pasado por media ciudad oculta y silenciosa en la que sólo se escucha el desgaste del neumático con el pavimento aumentado por el bing bang del reggeaton y el vallenato moderno, donde sólo se ve el humo y el polvo del apesurado, y en la que se percibe cierta resignación cómoda y feliz, me encuentro en mi casa dispuesto a leer “Es tarde para el hombre”. Transcu-

rrieron unos días y por fin lo leí, y no describo más, porque dirán que voy a escribir una novela o algo parecido y lo que pretendo es aproximarme a esta obra ensayística. Así que manos a la obra.

William Ospina recoge en estos seis ensayos (Los románticos del futuro, Las trampas del progreso, El canto de las sirenas, La mirada de hielo, El naufragio de metrópolis y Los deberes de la América Latina) y especialmente en los tres primeros, la encrucijada y el laberinto sin salida en que se encuentra el hombre. Desde las proximidades del siglo XIX Mark Twain nos habla: “El hombre es un experimento que el tiempo nos dirá si fue un éxito o un fracaso”. Se podría afirmar, desde estas dos perspectivas, que es un éxito en el sentido que cuestiona su mundo, se interroga sobre su existencia, y es un fracaso en la manera cómo se lo pregunta y lo resuelve; pero qué se esperaba si somos unos seres curiosos que no damos por sentado nuestros pensamientos y el derrotero es la búsqueda de la verdad. ¿Pero, cuál verdad? La disfrazada por las convenciones sociales y culturales que enmarcan la ruta de la subsistencia y nos somete y utiliza como mercancías baratas para seguir justificando las llamadas verdades. Es en definitiva un círculo vicioso del cual no hay esca-



patoría, si no liberamos a la mente de aquellas ataduras que describe Ospina: la publicidad, la técnica, el progreso discriminado, el consumo desesperado, la dependencia superflua causada por la moda y en últimas la negligencia y el desamparo inmerso del ser humano.

En este sentido, como lo afirma Lukács, Es tarde para el hombre, encarna la verdadera literatura porque refleja la realidad, es decir, las objetivas circunstancias históricas y sociales anteriores a su representación artística. Cualquier obra verdadera salta por encima de estilos o temas para representar al lector una visión totalizadora de la realidad. Ospina cumple con su objetivo, nos muestra eficazmente la decadencia humana; el deterioro de las relaciones sociales, la desaparición abrumadora de los valores, la acción en cadena de la violencia, el desarraigo de las convicciones y la oportuna entrada de los modelos operantes que hablan mafiosamente al oído: haga esto y serás feliz, vaya por allá y llegará al cielo, duérmase y no despierte jamás. La manipulación es su juego, es donde se defiende mejor, nosotros tenemos la culpa por hacer realidad su sueño: el poder económico sobre la concepción del hombre. Ya es una costumbre pensar, somos felices si utilizamos tal marca de ropa, si nos lavamos con tal jabón, si utilizamos tal crema adelgazante, y quién es su promotor, claro, la publicidad y quién es su baluarte, el capitalismo y el neoliberalismo antropófago, y vaya que nos quiten de las manos estas falsas ilusiones, se nos cae de inmediato el mundo fantasmagórico creado por nuestra fe irrisoria de aferrarnos a algo, así sea un objeto. Lo que me hace pensar entonces acerca de la pérdida de la pasión por realizar nuestras actividades, de afrontarlas con entusiasmo, ya que ahora sólo hacemos alguna tarea por realizarla y ya, por cumplir con una intención y eso sí, que sea útil, como afirma Ospina, y nos olvidamos del amor y las ganas que

debe llevar ese proceso; a lo se refiere el maestro José Asunción Silva hablando del mal de siglo:

**Eso es cuestión de régimen: camine
De mañanita; duerma largo, báñese;
Beba bien; coma bien; cuídese mucho,
¡Lo que usted tiene es hambre!**

Si, por supuesto, estamos vacíos, estancados, transformados en títeres sociales, entre vaivenes de cuerpos sin alma y con un sólo fin: ser olvidados.

En alguna ocasión Sócrates pronunció, en retaliación a los sofistas que creían saber las verdades absolutas que reinaban en su época: "Conócete a ti mismo". En esa frase tan sencilla, pero que alberga un sentido filosófico, ontológico, sublime y realista del mundo, se encuentran todas las respuestas inconclusas de la vida: ¿quiénes somos?, ¿cuál es nuestro horizonte?, ¿por qué sufrimos?, ¿por qué no somos humanos?, pero además Ospina nos brinda la posibilidad a través de este libro de reflexionar sobre la relación del hombre con el mundo, lo que implica que se escribe para el público (contemporáneo) y, así mismo, con el objeto de incitar a quienes nos rodean a tomar postura ante lo que se tiene delante. La idea básica es, que no hay comunicación al margen del tiempo, las obras del espíritu se producen para ser consumidas en el mismo lugar y momento en que se producen. Lo primordial es servir a la comunidad y esto en síntesis es lo que plantea Sartre: una literatura comprometida.

Es tarde para el hombre quizás, pero aún con nuestros sueños y propósitos podemos dar soluciones audaces y este es el gran desafío del hombre agotado: recuperar su identidad en épocas agitadas, recobrando así el tiempo perdido en sus ansias iracundas de autoridad, transformándose en un ente mediático y estadista, en el cual, únicamente hay cabida para lo verificable, dejando a un lado las pasiones, las cualidades, los sentimientos y la calidad humana, proyectando, directamente la imagen inocua y persuasiva de que las máquinas, la tecnología y la industria son el futuro de la felicidad y por ende de la capacidad de sobrevivencia de cada individuo. No den por hecho que nos coartan a través de los medios masivos de comunicación, a través de la publicidad, den por hecho que somos la raza humana, y como toda raza tiene memoria, tiene la habilidad de regenerarse y posar tras su paso una huella, para que el que venga atrás la reconstruya y diga: todavía vivo, todavía estoy aquí.

No quiero cerrar sin hacer una última observación: la industria y el progreso creciente y amoral no atentan contra la calidad de vida, sino que su uso indiscriminado nos droga y aleja de la realidad social, cultural, individual y familiar, pero como ese es el objetivo de la industria capitalista, tenemos dominados para que no pensemos, porque una mente que piensa es una mente libre. Así que pongámonos las pilas porque las noches y los días cada vez son más cortos.